Segunda respuesta a Jorge

Antoine Roquentin

Capítulo 1

En primer lugar, déjeme decirle que creo que pide demasiado. Esto por una simple razón: sólo uno puede decidir sobre las palabras ajenas; entonces, sólo usted está en título de aceptar o descreer cualquier cosa que pueda decirle. Nadie puede convencer a nadie, porque cada uno de nosotros decide que acepta y qué no, muchas veces a pesar nuestro.

En segundo lugar, a pesar de lo anteriormente dicho, puedo comentarle mi manera de ver el mundo, nuevamente alegando una honestidad que raya lo desagradable, porque surge de haber visitado los lugares más oscuros de mi alma, un lugar donde pocos llegan, e incluso dudo de haber llegado yo mismo. Es muy fácil perderse en esos lugares, y nunca se sabe cuál es el más oscuro, el lugar en donde más probablemente se encuentre la verdad. Esta reflexión es más bien simple: si innumerable cantidad de gente ha buscado la verdad, y ninguno la ha alcanzado, es evidente que se encuentra muy bien escondida; de ser así, no creo que se encuentre a la luz, sino en los lugares más negros de uno mismo. Es lo que Jung llama la sombra, es lo que el adagio budista quiere decir cuando dice que en el fondo de cada pecado se encuentra el germen de Buddha.

He llegado a ciertos lugares en donde se encuentra la mentira; pero no la mentira abstracta, sino la concreta, no la que se dice a otros, sino a uno mismo. Estas son las más peligrosas, porque nos evitan llegar al conocimiento cierto de las cosas. Mentirse a sí mismo hasta el punto de creerlo es uno de los peores errores que cometemos (que yo he cometido) y, cuando me di cuenta, procuré por todas las formas posibles no volver a mentirme. Pero esto es difícil, debe uno estar dispuesto a pelear con todos, porque por lo general son cuestiones que nadie quiere escuchar (ni siquiera uno mismo). Por eso me dedico a derrocar falsos ídolos, son maneras de mentirse a sí mismo, y adorar a un falso Dios.

El primer ídolo que me molesta es la ética dogmática. Toda moral de esta suerte surge de la necesidad de que haya Dios, que resulte como garante de todo el sistema. Pero parte nuestra jamás podrá creer totalmente, porque necesitará de una comprobación empírica que nunca va a llegar: “Señor, creo. Ayuda a mi incredulidad” dice el evangelio. Quien diga que tiene fe absoluta es un mentiroso, y se miente a sí mismo si lo cree realmente. Todos necesitamos una prueba, la exigimos a veces, pero luego lo olvidamos y seguimos creyendo que creemos. Sin embargo, prescindir de toda moral es adentrarse en terreno peligroso, es el error de Nietzsche, que le hace preferir a Baco ante el crucificado. De esta manera, ni le ética ni la falta de ella son razonables, porque ambas surgen de la misma mentira: la absoluta creencia o la absoluta descreencia de Dios. No podemos alcanzar los absolutos de nada, y sólo nos movemos por el

medio.

El segundo es el del racionalismo puro. Es una tentación común que querer explicar todo de manera matemática, infalible, racional. Es lo que hace Santo Tomás con las vías al conocimiento de Dios. Queda perfectamente demostrado racionalmente la necesidad y certeza de Dios. Pero con esto sólo no alcanza. Necesitamos creer con el corazón antes que con la cabeza. El polo opuesto será, en este caso, denostar todo adelanto racional, como traba para el conocimiento de Dios. Creer racionalmente no es posible, porque el cerebro no está hecho para esto, sino sólo para pensar y comparar. Se cree con el corazón, no con el cerebro. De esta manera, se mienten quienes creen que pueden llegar a Dios de manera enteramente racional, por más irrefutable que sea nuestro razonamiento, no por este hecho llegamos a la fe.

Personalmente, creo sólo en los modos de conocimiento. Conocemos por objetos particulares, y con ellos formamos conceptos abstractos, que son los que rigen mayoritariamente nuestras decisiones. Pero, por algún extraño motivo, cada objeto singular es interpretado de un modo personal. De esta manera, todo se resume al modo personal de interpretar el mundo. De esta manera justifico el primer párrafo, sólo cada uno de nosotros es el que decide como interpretar los objetos particulares, y los conceptos abstractos derivados de este hecho.

Ahora bien, una consecuencia de esta manera de conocer es que todo resultado sólo puede darse a posteriori de su comienzo. Es decir, no podemos saber el resultado de algo conocido o de una acción realizada sino después de haberlo realizado. Desde luego, dada la incompatibilidad entre razón y emoción, cuando uno quiere alcanzar un concepto racionalmente, saltará el corazón a intentar indagarlo, y no quedará satisfecho. Lo mismo sucede cuando se pretende sólo sentir algo, el cerebro querrá saber de qué viene la cosa, y probablemente tenga su cuchara para meter en este lío.

Por el momento, diremos solamente que no se puede llegar a los extremos absolutos por este motivo, el carácter dual de nuestra constitución hace imposible que podamos contentarnos sólo con una de las dos cosas. La imposibilidad de llegar a los extremos hace que sólo podamos movernos entre uno y otro, con una amplitud de acción bastante grande, desde la casi absoluta maldad hasta la casi absoluta bondad. Este rango de acción es lo que yo llamo albedrío. Una lucha interna entre el cerebro y el corazón por no darle la razón totalmente a su contrario.

Secretamente, le diré que creo que la razón de esta imposibilidad se me ocurre como la dádiva de un Ser Superior. Poder llegar a uno de esos extremos absolutos sería conocer todas las cosas, lo que haría que la vida

carezca de sentido.

Así que, como ve, en realidad termino creyendo algo parecido a lo suyo, con los pececitos y la pecera, sólo que innecesariamente complicado.

No se si bastará a saciar su pregunta, pero (por el momento) es lo mejor que puedo hacer.

P.D: yo también estoy disfrutando estos intercambios,

Saludos